

Los pocos recuerdos que guardo del lugar donde nací, me los borran las viscosidades de una vida desteñida. No entiendo por qué, después de tanto tiempo, todavía me vuelven algunas cosas a la memoria. Pensé que jamás habría de contactarme nuevamente con aquel mundo tan extraño. Es la vehemencia con la que suelen presentarse las historias injustas de mi vida, en los momentos más inesperados, lo que me descoloca.

Supongo que aquellos viejos espectros tendrán que salir a la luz de un modo u otro, en la hora primera de la culpa o en la última.

La pampa embrutece a los hombres, les da un carácter montuno que los transforma en animales, a los que el destino no se les cumple, sino que ellos lo hacen cumplir. Ya no quedan más de esa estirpe, se los fue tragando el monte.

Extrañamente ahora, allá en la lejanía del pueblo dormitando, frente a la plaza triste recorrida sólo por amantes fantasmas, y con el último tañido acampanado, vuelvo a verlo, entero en su misterio, otra vez avanzando inmutable en su gesto. Hoy, como siempre, como todas las noches de los viernes, que es el día de la semana en que desapareció.

Iba al caer la media tarde, montado en su bicicleta desvencijada, todo aureolado de ocaso. Llevaba el infaltable atadito de naranjas para Rosaura, a la que llamaban "la bella". Las tardecitas de los viernes eran el día consagrado a la visita. Los hombres trabajaban fuera del pueblo en el campamento y volvían los viernes para quedarse hasta la siesta del domingo, en que debían volver. Sólo dos noches eran suficientes para gastarse todo en el vino y en las furtivas citas de amor. Sólo dos noches imposibles que ceñían todas las ansiedades, mientras se hachaba lejos la rutina.

Antoñito veía a Rosaura los viernes por la noche. Era verla nada más y llenarse los ojazos tristes de hachero solo.

En realidad el primer Antonio Gil supo ser un buen artesano, zapatero de profesión, cuando el pueblo era todavía joven y el lugar se había ganado cierta reputación de próspero. Su hijo había empezado la escuela a los nueve años, fue dos o tres años nomás, siempre y cuando trabajara medio día en la zapatería y aprendiera a coser a mano. A los dieciséis ya conocía, si usted me

EL MONTE

por Mayra Bottaro
3° año Letras

corta las partes importantes, yo después hago lo demás, todo lo necesario para construir su primer botín. Con esos botines se fue al servicio militar. Cuando volvió los tiempos habían cambiado. Su padre había muerto, y en lugar de la zapatería había un

gran despliegue de fondas, improvisadas una tras otra para apaciguar la entrada de gente de distintos lugares que venía a trabajar en la cosecha.

Antoñito, el bueno de Antoñito, casi sin crecer empezó a pararse frente a la estación junto a las infatigables columnas de personas que esperaban que las contratasen. Se le fue la mitad de la vida esperando, mientras vivía de las caridades ajenas y los afectos en cuotas que podía conseguir. Es extraño que lo piense en este momento, pero me pregunto si habrá sido feliz alguna vez. Supongo que el único resquicio de esperanza en esa vida tan patéticamente real habrán sido los furtivos encuentros con Rosaura, que le dieron las imágenes para confeccionar con hilachas de lo que nunca había sido aquello que acaso pudo ser.

Cuando conoció a Rosaura, no trabajaba en el monte. La conoció también un viernes, en una de esas casas de pasiones fugaces entre maquillaje ojeroso y corrido por el sudor de tantos cuerpos. La vio como una imagen celestial, el cabello cubriéndole cobrizo la cara, y el exótico lunar como una luna, sobre la mejilla izquierda.

Compartían las naranjas, algunas historias ridículas que ella decía inventar, pero que en verdad memorizaba de unos folletines románticos leídos a escondidas en el baño, y compartían también las dulces mentiras que se dicen los amantes por monedas.

Cada viernes, antes de ir a verla, Antoñito pasaba a las cinco de la tarde por la peluquería de un tal Carmelo Lombardo, de origen italiano y reacio a las inclemencias de la sequía. Se hacía un afeitado, se arreglaba el bigotito y se recortaba la pelusa, la patilla, todo. El corte le costaba cincuenta centavos, pero a él no le importaba.

Con Rosaura pasaba toda la noche, o al menos gran parte de ella. Acumulado sobre su vientre abierto como un cielo, escuchaba lejanos viajes de héroes invencibles, magnánimos; o de amores

acaramelados y cursis de personajes que él jamás llegaría a encarnar. Su Rosaura, su eterna Rosaura inventándole otra historia, como una caríatide perfecta, bañada de luz y con su blancura rutilante en medio de la pocilga que olía a humedad y penetraba en los sentidos.

Eran tan descarnadamente hermosa, que le hacía doler los ojos, y cuando le pasaba la mano por el cuerpo sentía una vergüenza inédita por la rugosidad de sus manos callosas.

Por intermedio de ella había conseguido el trabajo en el monte. "Le pedí al encargado del campamento y me dijo que lo podía arreglar —le había dicho con su sonrisa impasible y sus dientes manchos— algo te va a conseguir. ¿No te importa ser hachero, no?"

Tobías Salvador Eunice debió haberle parecido un amigo, aunque sólo hubiera sido su compañero de picada, el primero y el último que trabajó con él. Aunque también pudo ser su matador.

Tobías Salvador se jactaba de ser el hijo natural del primer intendente del pueblo, aunque éste jamás lo reconoció. Si existe alguna cualidad de la que era imposible privarlo, era la permanente exaltación con que realizaba cada actividad. Vivía en un estado de excitación tan intenso que era imposible creerle la profesión de hachero cuando él mismo, en las romerías, contaba sus trabajos.

Porque las mejores fiestas eran las romerías. Había carrera de embolsados, el juego de atrapar al chanco enjabonado, las hermanas Nazaria y Brígida Delgado bailando enajenadas, doña Trinidad Sola con sus pasteles de azúcar quemada y la maestra doña viuda de Alzamora con su piel crepitante, seca, y el polvo de arroz en la cara. No faltaba nadie, ni siquiera el bueno de Antoñito, que de esa manera mantenía ocupados los sábados por la noche, a la espera de una buena madrugada para volver al trabajo.

Las romerías eran, para muchos, el único momento para escapar de la vida; nada malo podía sucederles (los síntomas de las desgracias siempre comenzaban en *El gato negro*), se sentían seguros en esa meca de desdichados y fracasados comunes, como una familia ideal, utópica. El último sábado Antoñito debió haber estado allí, debió haberse protegido contra el viento del desamor.

—Nosotros nos vamos al boliche —le había dicho Tobías Salvador.

—Voy con ustedes, Corso —la respuesta inmediata, casi sin pensar, decidida. La condena.

A *El gato negro* había que entrar de traje pero con cuchillo en la cintura. No debiste haber entrado allí, Antoñito, como tampoco debiste haber salido a las dos horas, borracho y cantando, abrazado al Corso, al que creíste tu amigo.

Después se fueron exhaltados, gritando que ellos dos solos salvarían al mundo, completamente aturdidos, ellos y la vieja bicicleta de Antoñito chirriando, hasta perderse zigzagueantes en la negrura densa del monte.

Las voces disfrazaban las palabras en la marcha ebria. Las confesiones intrépidas de querer llevarse a la puta esa de la Rosaura a vivir con él porque ya no le bastaban los sábados por la noche y Antoñito gritándole de repente que no se atreviera, mal parido, porque él, él no iba a permitirlo, la Rosaura era suya y de más nadie, que qué se había creído y que no volviera a ponerle una mano encima, porque ella lo amaba sólo a él... Y le contó de las naranjas, de las historias, la trató de dama. Hachero sucio, inmundo, cómo se iba a reír la Rosaura cuando se la quisiera llevar, si ni siquiera podía darle un suegro decente.

El Corso Tobías Salvador, con una mueca grotesca en la cara, se tragó las broncas y los chistes; se le hizo un nudo en la garganta. El aire entremezclado con las sustancias vivas cargadas de premeditaciones y trepando a lo largo de los párpados hasta crisparle la mirada.

Tobías tan macho, tan burlado, corrió, corrió, corrió lejos hasta que no le viera más la cara, hasta que pudiera llegar al campamento y conseguir un hacha para desquitarse, aunque sus piernas no le dieran la velocidad que él quisiera.

Antoñito cerró los ojos, se dejó caer y recostó su espalda contra un árbol. Estaba tan cansado de gritar mentiras que ni él sabía siquiera si lo que había dicho era verdad.

Solo en el medio del monte. Tibieza, sople venenoso. Escuchó cómo los grillos ahogaban el silencio y cantaban más fuerte. La luna embistió la negrura como un potro desbocado, como Tobías. El aire sopló taciturno, concededor de intrigas.

Apenas si escuchaste los pasos, Antoñito, y cuando miraste ya era tarde. El filo fue silbando certero por la noche en paz y el grito se hizo eco en el espacio, llenándolo de sombras. Antoñito se llevó convulso las manos a la garganta, el líquido le llenó la boca a borbotones y el tacto pringoso presintió el dolor.

No vio a Tobías Salvador sonreír asustado y caminar satisfecho, encapotado en su soberbia.

Antoñito sintió la transpiración fría, y debe de haber pensado en la posibilidad de abandonar el mundo ahí, en la quietud del monte, bajo el follaje pervertido. Pero comprendió en ese instante lo que ni siquiera el más osado de los hombres hubiese sido capaz de imaginar. Se aferró a su vida miserable, anudó tambaleante un pañuelo a su garganta y montó en la bicicleta.

Pedaleó por el camino hasta llegar al pueblo. Las piernas se movían solas, la mente recorría la última romería y el daguerrotipo que conservaba de su madre de quince años, antes de morir; recordó las canciones de Rosaura y su figura celestial, se querubei zerioya tremcalaba, se mendiare edifiadura cuel solar; rogó al cielo que hubiera aumentado el número de doctores para poder salvarlo, y se acordó de la vez que a los ochos años iba corriendo para ver el Cine Centenario y un sulky le pasó por encima, pero como el suelo era de arena blanda se levantó y siguió jugando a tirarse arena a los ojos y no ver nada, como ahora, se mi magdalá tremtara ximufá, recordó la imagen de su padre en el zaguán tendiéndole un botín, quillioupiá yesaloma gipsalá, y el veneno plateado del hacha cayendo y cayendo sibilante, sin parar.

Cuando llegó al pueblo cerró los ojos y avanzó a lo largo de la avenida principal. Los frentes como panteones, un pueblo cementerio de domingo. Todos dormían. Un palio de silencio cobijaba el espacio. Las últimas estrellas rayaban en lo profundo del cielo. La quietud era un bálsamo. De tanto en tanto se oía el ladrido de un perro o la brisa leve que por momentos sabía pasar entre las acacias.

Lo demás era calma, pueblo muerto.

Don Hipólito Incháurregui, doctor, lo encontró en un estado de agonía, de crepúsculo.

—Te vas a morir, Antoñito —aseguró Incháurregui, pero la mirada del hombre resonó con una vehemencia tan impropia de los que están en ese estado que el doctor ordenó inmediatamente que prepararan la sala.

En el hospital no esperaban a nadie esa noche, así que tuvieron que mover las gallinas de los pacientes agradecidos y los bancos de la escuela que estaban apilados en la sala de operaciones, porque el intendente iba a organizar una peña y no sabía dónde ponerlos. Antoñito estaba tan malherido que daba miedo mirarlo.

Jamás en sus treinta y siete años de médico Don Hipólito Incháurregui había visto un caso semejante. El hacha había dejado su impronta en el hueso de la columna de Antoñito, pero no llegó a cortar los vasos, que se corrieron elásticamente.

Don Hipólito había llegado al pueblo a través de un llamado a concurso del Ministerio de Salud. El premio era una casa y una tumba en aquel pueblo del infierno. Lo que jamás llegó a creer Hipólito fue que llegaría a salvar alguna vez a alguien que estuviera prácticamente decapitado. Sin embargo tuvo que rendirse ante los hechos que tejía la fatalidad.

Cuando despertó vio los ventiladores de techo orbitando como libélulas sobre la habitación estrecha. Estaba solo, en la más completa soledad, como siempre lo estuvo. A las dos semanas salió por primera vez. Con el paso corto fue derecho a ver a Rosaura. Esta vez se la llevaría lejos y para siempre, un final cursi y acaramelado.

Entró al burdel por la puerta trasera. Zarina Reyes lo esquivó con una mirada de repulsión y se apartó casi a los gritos, es el aparecido, el degollado, ánima bendita, hasta el final del hall que daba a la escalera.

Antonio subió sin entender. Encontró la puerta abierta y la habitación vacía. Se dio vuelta y se miró en el espejo de la pared opuesta a la cómoda de madera. La vio. La cicatriz como un cierre o una boca de payaso que le surcaba el cuello hasta la desprolijidad de las patillas.

Se tuvo miedo. Bajó como un loco las escaleras y, ya en la calle, la gente huía despavorida, el fantasma volvió, volvió para vengarse.

Más tarde un alma caritativa le contó que Rosaura, su Rosaura, se había ido a vivir con Tobías Salvador, su matador.

Antonio se montó en su vieja bicicleta y se fue pedaleando por el camino, mientras el sol siguió subiendo por el este y en torno de los fogones de los hacheros, en aquel lejano monte de caldenes. Cuando volvían de la resignación diaria y del sitio de picada, comenzaron a contarse la historia, fantástica, atrevida, de un tal Antonio Gil, hachero, que sabe aparecer los viernes al caer la tarde, enjuto y solitario sobre su bicicleta, y que sabe llevar entre las manos, invariablemente, un atadito de naranjas hasta su propia tumba.